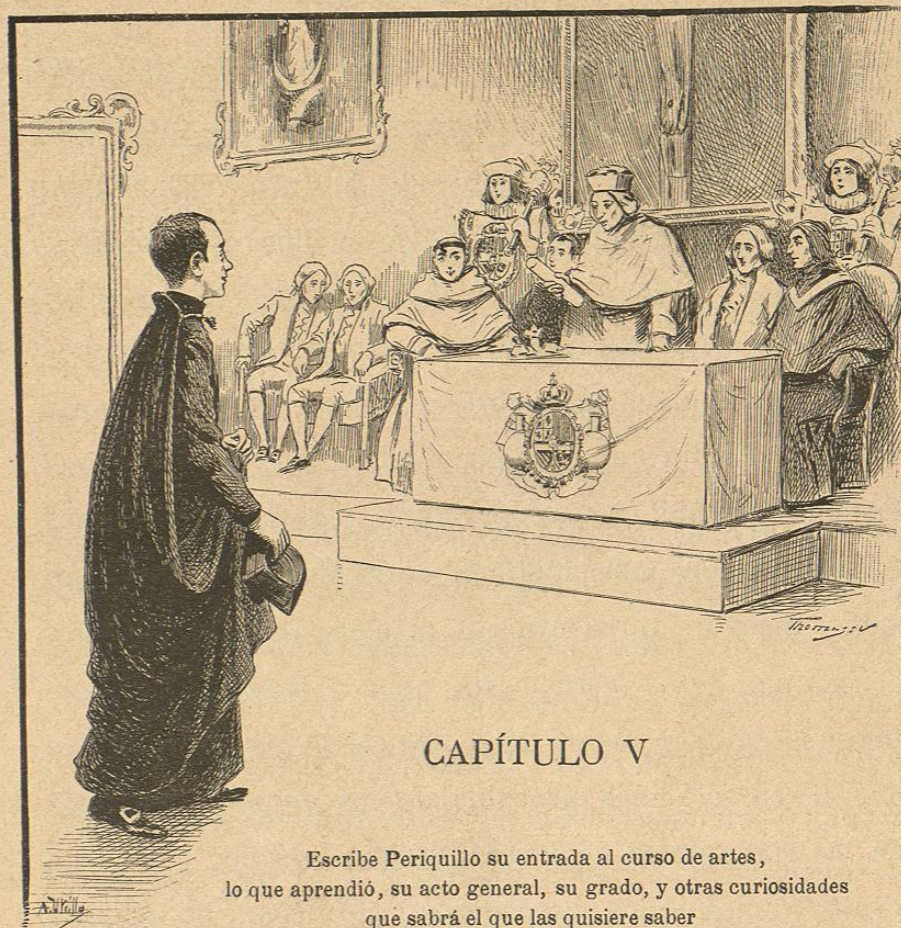


menos que tener un alma ruin y un corazón protervo. Ni valga decir que lo hacen unos muchachos, pues esto lo que prueba es, que si aún desde muchachos son malos, de grandes serán peores, si Dios y la razón no los modera, lo que no es muy común. Yo tuve una multitud de condiscípulos, y por observación he visto que es raro el que ha salido bueno de entre estos genios burlones con exceso, y lo peor es que hay mucho de esto en nuestros colegios.

Por estos principios conoceréis que era perverso en todo. En fin, entré á estudiar filosofía.



## CAPÍTULO V

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes, lo que aprendió, su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber

Acabé mi gramática, como os dije, y entré al máximo y más antiguo colegio de San Ildefonso á estudiar filosofía, bajo la dirección del doctor don Manuel Sánchez y Gómez, que hoy vive para ejemplar de sus discípulos. Aún no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli, aún no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía resonaban en sus aulas los ergos de Aristóteles. Aún se oía



discutir sobre el *ente de razón*, las *cualidades ocultas* y la *materia prima*, y esta misma se definía con la explicación de la nada, *nec est quid*, etc. Aún la física experimental no se mentaba en aquellos recintos, y los grandes nombres de *Cartesio*, *Newton*, *Muschembreck* y otros eran poco conocidos en aquellas paredes que han depositado tantos ingenios célebres y únicos, como el de un Portillo. En fin, aún no se abandonaba enteramente el sistema peripatético que por tantos siglos enseñoreó los entendimientos más sublimes de la Europa, cuando mi sabio maestro se atrevió el primero á manifestarnos el camino de la verdad sin querer parecer singular, pues escogió lo mejor de la lógica de Aristóteles y lo que le pareció más probable de los autores modernos en los rudimentos de física que nos enseñó; y de este modo fuimos unos verdaderos ecléticos, sin adherir caprichosamente á ninguna opinión, ni deferir sistema alguno, sólo por inclinación al autor.

A pesar de este prudente método, todavía aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbre, y los que convenía quitar, según la razón y hace ver el ilustrísimo Feijoo, en los discursos X, XI y XII, del tomo VII de su *Teatro crítico*.

Así como en el estudio de la gramática aprendí varios equivoquillos impertinentes, según os dije, como *Caracoles comes; pastorcito come adoves: non est peca-*

*tum mortale occidere patrem sum*, y otras simplezas de éstas, así también en el estudio de las sùmulas aprendí luego luego mil sofismas ridículos, de los que hacía mucho alarde con los condiscípulos más cándidos, como por ejemplo: *besar la tierra es acto de humildad; la mujer es tierra, luego, etc. Los apóstoles son doce, san Pedro es apóstol, ergo etc.*; y cuidado, que echaba yo un ergo con más garbo que el mejor doctor de la academia de París, y le empataba una negada á la verdad más evidente. Ello es que yo argüía y disputaba sin cesar, aun lo que no podía comprender; pero sabía fiar mi razón de mis pulmones, en frase del padre Isla. De suerte que por más quinadas que me dieran mis compañeros, yo no cedía. Podía haberles dicho: á entendimiento me ganarán, pero á gritón no; cumpliéndose en mí, cada rato, el común refrán de que *quien mal pleito tiene, á voces lo mete*.

¿Pues qué tal sería yo de tenaz y tonto después que aprendí las reducciones, reduplicaciones, equipolencias y otras baratijas, especialmente ciertos desatinados versos, que os he de escribir solamente porque veáis á lo que llegan los hombres por las letras. Leed y admirad:

Bárbara, Celarent, Darii, Ferio, Baralípton  
 Celantes, Dabitis, Fapesmo, Frisesómorum  
 Césare, Camestres, Festino, Baroco, Darapti.  
 Felapton, Disamis, Datisi, Bocardo, Ferison.



¡Qué tal! ¿No son estos versos estupendos? ¿no están más propios para adornar redomas de botica que para enseñar reglas sólidas y provechosas? Pues, hijos míos, yo percibí inmediatamente el fruto de su invención; porque desatinaba con igual libertad por *Bárbara* que por *Ferison*, pues no producía más que barbaridades á cada palabra. Primero aprendí á hacer sofismas que á conocerlos y desvanecerlos; antes supe oscurecer la verdad que indagarla; efecto natural de las preocupaciones de las escuelas y de la pedantería de los muchachos.

En medio de tanta barahunda de voces y terminajos exóticos, supe qué cosa eran silogismo, entimema sorites y dilemma. Este último es argumento terrible para muchos señores casados, porque lastima con dos cuernos, y por eso se llama bicornuto.

Para no cansaros, yo pasé mi curso de lógica con la misma velocidad que pasa un rayo por la atmósfera sin dejarnos señal de su carrera, y así después de disputar harto y seguido sobre las operaciones del entendimiento, sobre la lógica natural, artificial y utente; sobre su objeto formal y material; sobre los modos de saber; sobre si Adán perdió ó no la ciencia por el pecado (cosa que no se le ha disputado al demonio); sobre si la lógica es ciencia ó arte, y sobre treinta mil cosicosas de éstas, yo quedé tan lógico como sastre; pero eso sí, muy con-

tento y satisfecho de que sería capaz de concluir con el *ergo* al mismo Estagirita. Ignoraba yo que por los frutos se conoce el árbol, y que según esto, lo mismo sería meterme á disputar en cualquiera materia que dar á conocer á todo el mundo mi insuficiencia. Con todo esto, yo estaba más hueco que un calabazo, y decía á boca llena que era *lógico* como casi todos mis condiscípulos.

No corrí mejor suerte en la física. Poco me entretuve en distinguir la particular de la universal; en saber si ésta trataba de todas las propiedades de los cuerpos, y si aquella se contraía á ciertas especies determinadas. Tampoco averigüé qué cosa era física experimental ó teórica; ni en distinguir el experimento constante del fenómeno raro, cuya causa es incógnita; ni me detuve en saber qué cosa era *mecánica*; cuáles las leyes del movimiento y la quietud; qué significaban las voces *fuerza*, *virtud*, y cómo se componían ó descomponían estas cosas. Menos supe qué era *fuerza centrípeta*, *centrifuga*, *tangente*, *atracción*, *gravedad*, *peso*, *potencia*, *resistencia*, y otras friolerillas de esta clase. Y ya se debe suponer que si esto ignoré, mucho menos supe qué cosa era *estática*, *hidrostática*, *hidráulica*, *aerometría*, *óptica* y trescientos palitroques de estos; pero en cambio, disputé fervorosamente sobre si la esencia de la materia estaba conocida ó no; sobre si la trina dimensión determinada era su esencia ó el agua; sobre si repugnaba el



vacío en la naturaleza; sobre la divisibilidad en infinito, y sobre otras alharacas de este tamaño, de cuya ciencia ó ignorancia maldito el daño ó provecho que nos resulta. Es cierto que mi buen preceptor nos enseñó algunos principios de geometría, de cálculo y de física moderna; mas fuérase por la cortedad del tiempo, por la superficialidad de las pocas reglas que en él cabían, ó por mi poca aplicación, que sería lo más cierto, yo no entendí palabra de esto; y sin embargo, decía al concluir este curso, que era *físico*, y no era más que un ignorante patarato; pues después que sustenté un actillo de física, de memoria, y después que hablaba de esta enorme ciencia con tanta satisfacción en cualquiera concurrencia, tomo que me mochen si hubiera sabido explicar en qué consiste que el chocolate dé espuma, mediante el movimiento del molinillo; por qué la llama hace figura cónica, y no de otro modo; por qué se enfría una taza de caldo ú otro licor soplándola, ni otras cosillas de estas que traemos todos los días entre manos.

Lo mismo, y no de mejor modo, decía yo que sabía metafísica y ética, y por poco aseguraba que era un nuevo Salomón después que concluí, ó concluyó conmigo, el curso de artes.

En esto se pasaron dos años y medio; tiempo que se aprovechara mejor con menos reglitas de sùmulas, algún ejercicio en cuestiones útiles de lógica, en la

enseñanza de lo muy principal de metafísica, y cuanto se pudiera de física teórica y experimental.

Mi maestro creo que así lo hubiera hecho si no hubiera temido singularizarse y tal vez hacerse objeto de la crítica de algunos zoilos; si se apartaba de la rutina antigua enteramente.

Es verdad, y esto ceda siempre en honor de mi maestro, es verdad que, como dejo dicho, ya nosotros no disputábamos sobre el *ente de razón, cualidades ocultas, formalidades, hecceidades, quididades, intenciones*, y todo aquel enjambre de voces insignificantes con que los aristotélicos pretendían explicar todo aquello que se escapaba á su penetración. «Es verdad (diremos con Juan Bucharcho Mecknio) que no se oyen ya en nuestras escuelas estas cuestiones con la frecuencia que en los tiempos pasados; pero ¿se han aniquilado del todo? ¿Están enteramente limpias las universidades de las heces de la barbarie? Me temo que dura todavía en algunas la tenacidad de las antiguas preocupaciones, si no del todo, quizá arraigada en cosas que bastan para detener los progresos de la verdadera sabiduría.» Ciertamente que la declamación de este crítico tiene mucho lugar en nuestra México.

Llegó, por fin, el día de recibir el grado de bachiller en artes. Sostuve mi acto á satisfacción, y quedé grandemente, así como en mi oposición á toda gramática;